

Prólogo de Adolfo Pérez Esquivel al libro “Las locas de Plaza de Mayo”, publicado en 1982

20 de abril de 1982

Adolfo Pérez Esquivel

Fuente: Jean Pierre Bousquet, Las locas de la Plaza de Mayo. Buenos Aires, El Cid editor, 1982

Archivo Histórico

<http://archivohistorico.educ.ar>

A la sede de nuestra asociación, en Buenos Aires, venían mujeres desesperadas, llorando. Un buen día, les habían arrancado un hijo. Mujeres que se habían esforzado en educarlos, en prepararlos para una vida normal, y luego, en un momento dado, ese hijo fue secuestrado, a veces incluso bajo sus propios ojos.

A pesar de las gestiones en los ministerios, las iglesias o las organizaciones, no obtuvieron respuesta.

Poco a poco, junto con ellas, hemos reflexionado.

En un comienzo, todo era desesperación, luego vino la reflexión. Y esa reflexión trajo sus frutos.

Y esas mujeres salieron de allí fortalecidas, pues tomaron conciencia de algo muy importante: que no eran solamente madres de un hijo, sino de todos los hijos, y que únicamente podrían llegar a hacer algo uniéndose, fortificándose mutuamente, para luchar por la vida de sus propios hijos y de todos los otros hijos.

Fue un recorrido difícil.

Comenzaron con manifestaciones simbólicas, no violentas, en la Plaza de Mayo, de ahí el nombre que se les dio, primero "Locas" de la Plaza de Mayo, luego "Madres" de la Plaza de Mayo, pero yo preferí siempre llamarlas Madres Coraje, ya que, frente a la fuerte represión que sufrieron, que llegó incluso hasta el secuestro y la desaparición de algunas de ellas, se mantuvieron firmes, llorando, pero firmes.

Así, hemos andado juntos, tratando de darles consuelo. Hicimos jornadas de ayuno, plegarias y reflexión, y se desarrolló en ellas una conciencia crítica y una visión política del proceso que vive nuestro país.

Organizamos encuentros, como el seminario sobre "Evangelio y dignidad humana", en el curso del cual fueron elaborados análisis sociopolíticos, económicos y religiosos de la situación. También establecimos reuniones sobre la familia, con psicólogos, abogados y sacerdotes, para estudiar los problemas psicológicos que trae a una familia la desaparición de un ser querido.

A fines de 1979, ante el aumento de la represión de la que eran objeto, nos pareció necesario organizarlas como institución, para permitirles profundizar su acción.

Es por la misma época, cabe señalar, que en el grupo de las Madres de la Plaza de Mayo se organizó un subgrupo, el de las Abuelas, madres por partida doble, quienes realizan una tarea esencial respecto de los bebés. Se dedican a los niños que fueron secuestrados junto con sus padres y no han reaparecido, y a las jóvenes que, secuestradas estando embarazadas, se supone han dado a luz en prisión.

Es decir que esas madres, por el testimonio que llevan, representan mucho, no solamente para la Argentina, sino para el mundo entero.

Nosotros las hemos acompañado, preparamos sus viajes a Europa, que recorrieron varias veces.

Ellas también, por su parte, han caminado conmigo y las mencioné cuando me entregaron el premio Nobel de la Paz, ya que ellas también son merecedoras de tal distinción.

Pienso que esta dimensión, que las ubica por encima de convicciones políticas o ideológicas, se funda en una postura profundamente humana, que tiene una gravitación extraordinaria, visceral, en la vida de los pueblos.

Para mí, las Madres son la vía de la esperanza para arribar a una solución que no llegan a alcanzar ni los partidos políticos, ni los sindicatos, ni los movimientos..., pues esas mujeres tienen una entereza, una fuerza moral tan grandes, que lo irradian todo.

Adolfo Pérez Esquivel, Premio Nobel de la Paz 1980